

Entre tanto verificábanse alteraciones notables en el corazón de Laura y en el de Gaston, jóvenes ambos á quienes la Providencia no habia dotado de una mala índole, pero cuyas buenas cualidades habia desnaturalizado una viciosa educacion, aunque sin pervertirlos totalmente. Gaston se mostró en un principio muy sensible á la ruina de su mujer y de su suegro; acordándose despues, sin embargo, de que así no podia echársele en cara su afan por las riquezas, tenia una especie de satisfaccion en ella. Laura, por su parte, creíase tambien desquitada con la abolicion de los títulos, y hallándose libres uno y otro, observábanse con extraordinaria curiosidad, y sorprendíanse mucho de encontrarse mutuamente tesoros cuya existencia

ni siquiera habian soñado. Laura, que solo habia pensado al casarse en los saraos y fiestas de la córte, y que al ver desvanecida su quimera se creyó amenazada de un eterno fastidio, no podia notar sin sorpresa que los goces de la vanidad no son los únicos goces de este mundo. Su vanidad habia muerto de inanicion. Recuérdese que la señorita Levrault habia estudiado con fruto en el colegio la pintura y la música. Laura se hallaba, pues, establecida en un aposento del castillo que Gaston habia amueblado con elegante sencillez, y volvió á dedicarse al estudio con una aplicacion infatigable, consiguiendo de esta manera que las habilidades que habia olvidado en medio de las distracciones de su opulenta vida, la consolasen y entretuviesen en medio de la pobreza y de la soledad. La primavera renacia por entonces, y Laura la recibió como una dicha inesperada.

Quizás no habrá olvidado el lector que el mismo dia en que Laura vió á Gaston por la vez primera, los campos y los bosques se habian revelado vagamente á su jóven imaginacion; este poético sentimiento, sin embargo, no habia resistido á las preocupaciones enteramente mundanas que la agitaban entonces. Al presente, empero, su emocion á la vista del mismo espectáculo fué más duradera y más profunda, y la revelacion quedó enteramente á descubierto. Gaston, que era aficionado á los

poetas, había reunido en la habitación de su mujer unos cuantos libros escogidos con bastante gusto, y Laura encontraba en ellos con un secreto orgullo la expresión pura y precisa de sus pensamientos é ilusiones. Cada día iba desarrollándose más su inteligencia y abriéndose su corazón á sentimientos más tiernos. Los poetas le explicaban la naturaleza, y ésta á su vez le enseñaba á comprender mejor á los poetas.

Una tarde, hallándose sentada al piano y Gaston paseando en el parque, los últimos rayos del sol se filtraban al través de la enramada. Después de recorrer el teclado con algunos brillantes preludios, púsose á tocar una de las mejores composiciones de Luis Lacombe, *le Soir*, sonata que viene á ser un gracioso idilio, en el cual se refieren con una maravillosa precisión, con una delicadeza exquisita, todos los rumores, todos los susurros, todos los murmullos de la llanura al declinar el día; poema campestre, en que se oye el balido de los corderos conducidos al redil, el canto de los pastores, el toque del *Ave Maria* y todos esos ruidos confusos que se elevan á la caída de la noche, como una plegaria dirigida desde la tierra al cielo. Gaston acababa de apoyarse en el antepecho exterior de las ventanas de Laura, cuyos lindos dedos volaban sobre el piano. La brisa de la tarde agitaba blandamente los rizos de su cabellera, y su garganta

se balanceaba muellemente como el cuello de un cisne. Gaston la contemplaba con tanta sorpresa como si aquella hubiera sido la primera vez que la veía; Laura, efectivamente, era para él en aquel momento una mujer distinta. Conmovidá, enternecida, penetrada, sin reparar en ello, de un sentimiento religioso, comenzó con voz clara, vibrante y sonora, un salmo de Marcelo.

Su voz, desnaturalizada otras veces por un afectado amaneramiento, sonaba pura y límpida, y cantaba con una sencillez poderosa la divina melodía del maestro inspirado á quien hacemos referencia. Así que Laura acabó de cantar, Gaston se alejó con mesurados pasos y ademán meditabundo; comprendía confusamente todo el precio del tesoro que poseía, y se avergonzaba de haberlo ignorado y descuidado por largo tiempo. ¿Qué era preciso, en efecto, para cultivar aquel campo cuyas riquezas había desconocido? Nada más que escaudar algunas cizañas pueriles, uno que otro deseo frívolo, y tal cual idea mezquina que habían brotado y crecido á causa de su indiferencia: la desgracia, empero, había logrado lo que Gaston no había sabido hacer.

Laura, por su parte, que tampoco había considerado hasta entonces á Gaston más que por su título, veía al presente en él un hombre distinto. Gaston la había tratado en efecto hasta aquel día con

una extraordinaria indiferencia; el orgullo y el temor de pasar por un cortesano de la opulencia, helaban en sus labios todas las palabras que pudiesen parecer afectuosas; al desvanecerse este temor, habian despertado en el jóven todos sus buenos instintos, y ya no hacia uso de esa impasible cortesía que somete todos los movimientos á las leyes de la etiqueta, y que rodea la vida de una atmósfera glacial. Aquel Gaston, tan frívolo algunos meses antes, y que solo se cuidaba de carruajes, perros y caballos, habíase convertido de repente en un hombre pensativo y grave y solia tener con su mujer conversaciones íntimas y profundas. Laura le escuchaba con mucha deferencia, y á su vez se reconvenia por haberle desconocido. Así, pues, por una pendiente insensible iban llegando al amor en el cual ni siquiera habian pensado; pero el recuerdo de su matrimonio, pactado bajo los auspicios de una doble promesa y seguido de una doble decepcion, encadenaba en sus labios todas esas confianzas familiares, con las cuales se nutren los afectos nacientes. La vergüenza contenia la mútua confesion de su ternura; uno y otro se amaban sin creerse correspondidos, y ambos reconocian á sus solas que nada habian hecho para merecérselo.

Gaston comprendió, al fin, que habia llegado el momento de renunciar á la inaccion, de conducir-

se como hombre, y de ganar el corazon de su mujer reconquistando su propia dignidad. Sus rentas, aunque bastante escasas, le permitian vivir en París sin hacer mella en el bienestar de su familia, y en esta atencion resolvió partir solo, comenzar una carrera y trabajar afanosamente para libertar á su esposa de la triste vida que hacia en el castillo de La Rochelandier. ¿Cuáles eran sus planes? Gaston no habia deliberado aun ninguno fijo; pero tenia veinticinco años, inteligencia y valor, y contaba además con la Providencia, la cual acude siempre en auxilio de las gentes que trabajan por lograr buenos fines.

En este estado se hallaban las cosas, y el marido de Laura no habia confiado á nadie todavía su resolucion, cuando un incidente inesperado vino á aplazar el cumplimiento de su proyecto.

Era el mes de Mayo. Laura y Gaston, M. Levrault y la marquesa acababan de comer, cuando de improviso oyeron ruido confuso de voces en el vestíbulo. De allí á poco presentóse en el comedor un mozo de labranza, anunciando que un hombre vestido con una blusa, y de barba larga, queria penetrar á todo trance en el castillo. Timoleon se apareció en aquel momento, y derribó por tierra á un criado que se empeñó en detenerle.

—¡Mi hijo! murmuró M. Levrault, ocultando la cabeza entre sus manos.

—¡Bergante! exclamó la marquesa indignada: ¿qué viene V. á hacer aquí?

—¿Podría V. creer, dijo Timoleon dirigiéndose á su padre y sin cuidarse del apóstrofe inhospitario que acababa de encajarle la marquesa, que estos camuesos querian vedarme la entrada en el castillo de Levrault? Por más que les he dicho que era hijo del propietario, se me han hecho los sordos, hasta que..... Pero, en fin, hállome proscrito y perseguido por los sicarios de la reaccion; ¿seria usted capaz de rehusarme un asilo?

Y sin andarse en más cumplimientos, se sentó á la mesa.

—Puesto que se halla V. proscrito, dijo Gaston con un tono que no admitia réplica, nosotros le ocultaremos; pero sepa V. que aquí no se halla en su casa, sino en la mia: Preciso será que en el término de ocho dias, á lo más tardar, abandone usted la Francia: elija, pues, el punto que mas le acomode, y nosotros le costearemos el viaje.

Timoleon se quedó solo con su padre y le contó á su manera el *aturdimiento popular* del 15 de Mayo.

El bueno de *Marche-Toujours* era uno de los *aturdidos* que habian invadido la Cámara, y así que terminó su narracion, dijo al ex-mercader:

—Hállome proscrito, como ya he dicho hace poco; mas no vaya V. á creer por eso que al venir

aquí no me trae otro objeto que el de mi salvacion. Puesto que París rehusa seguirnos, vamos á hacer prosélitos entre los rurales. Sé muy bien, padre mio, que V. no es de esos republicanos cobardes que retroceden ante un completo trastorno de la sociedad, que las más avanzadas teorías no le sorprenden, y en este concepto vengo á proponerle una obra admirable, seguro que me ha de secundar.

—¿Cuál es tu proyecto? preguntó M. Levrault estremeciéndose de piés á cabeza.

—Quiero democratizar la Bretaña, rehabilitar la Vendée y moralizar ambas provincias, embrutecidas largo tiempo há por la supersticion y la aristocracia, á fin de que se conviertan en partidarios de la república; quiero, en una palabra, predicar en la Gran Bretaña y en la Vendée la verdad social. ¡Quédese, pues, para nosotros dos, padre mio, el dar cima á empresa tan importante! Convirtamos á los campesinos á la fé nueva; yo seré Jesús y V. San Juan: ¡lleemos la luz á las cabañas é incendiemos los castillos y los palacios!

—Jesús y San Juan no incendiaban castillos ni palacios, Timoleon.

—Pero debieron quemarlos; á nosotros cumple, pues, el completar su obra; entre V. y yo conseguiremos todo lo asequible.

—¡Ah! mi querido Timoleon, exclamó el ex-

fabricante, dispuesto como siempre á bailar en todos los sonos; antes de que tú vinieras, ya habia empezado yo á predicar aquí la nueva fé; pero veo que no conoces lo que son estos campesinos. Los muy badulaques creen todavía á pié juntillo en todas esas vejezes, cuya superchería conocemos perfectísimamente nosotros; esto es, en la familia y en la herencia. Son tan pobres de espíritu, que se dejarían hacer trizas por defender y salvar el campo de su señor, campo en el cual trabajan por cuenta ajena, regándolo con el sudor de su frente. No puedes figurarte hasta dónde llega su estupidez; si se me antojase hoy poner fuego á mi castillo, vendrían á millares á extinguir el incendio. No; no es en esta tierra estéril donde podrá germinar la verdad social.

—Ya sabia yo, padre mio, que la empresa ofrecería inmensas dificultades; pero así será tanto más gloriosa. Mi palabra fecundizará esta tierra ingrata.

—Si tal empeño tienes, cúmplase tu destino, y prosigue enhorabuena tu mision. En cuanto á mí, sé decirte que renuncio completamente á la política, porque, á decir verdad, no me da el naipe para eso del apostolado: esto no obstante, me envanezco de tener un hijo que se eche sobre los hombros tan importante carga, y mis votos te acompañarán por todas partes.

—¡Pues bien! Ya que se envanece V. de tener

tal hijo, espero, añadió Timoleon, que no me rehusará un puñado de ese vil metal que desaparecerá de la tierra regenerada en el momento en que la verdad social llegue á entronizarse; pero que en las actuales circunstancias y en el viejo y corrompido mundo en que vivimos, puede servir para todo, incluso para el bien.

—Pero, ¿no sabes, alma de Judas, que estoy completamente arruinado?

—¡Bah! Siempre le habrá quedado á V. alguna cosa.

En obsequio de la paz, y por hacer alarde al propio tiempo de cierta generosidad y grandeza, M. Levrault sacó un bolsillo y se lo arrojó á Timoleon con toda la gracia y todo el desprendimiento de un marqués del teatro antiguo.

A la mañana siguiente era domingo, y Timoleon se dirigió á una aldea inmediata.

Al salir los campesinos de la iglesia, halló medio para trabar conversacion con dos mozos de labranza, los condujo á la taberna, pidió un jarro del mejor vino, y así que los tres tomaron asiento comenzó á desempeñar entre trago y trago su papel de apóstol.

La extrañeza de sus discursos y la longitud de su barba atrajeron bien pronto en torno del predicador un auditorio numeroso. Hallábase explicando la sublime teoría de la verdadera y de la falsa

propiedad, de la division y repartimiento de bienes entre todos los individuos de la *comunidad*, y de la necesidad de abolir la herencia, y ya iba á llegar á las más elevadas cimas de la verdad social, cuando se vió interrumpido en su improvisacion.

—De manera, le preguntó Juan Tomás, que segun esa doctrina, la posesion que á mí me dejó mi padre y que yo he procurado engrandecer y mejorar, agregándole algunos pedazos de tierra y rodeándola de un soto, ¿no podré trasmitirla á mi hijo?

—No; porque la herencia es un sacrilegio, y vuestro hijo no poseeria más que una propiedad falaz y falsa.

—De modo, preguntó el padre Miguel, que en vez de llevar á vender mi trigo al mercado, y de traer á mi casa algunos sacos de buenos y bien acondicionados escudos, segun los principios que nos predicais, ¿deberia repartirlos entre todos los holgazanes de la comunidad, que pasan la vida con los brazos cruzados, y gastando alegremente en la taberna cuanto llegan á adquirir?

—Precisamente; ese repartimiento debe hacerse en nombre de la fraternidad.

—¿Conque, segun eso, dijo el agudísimo y espabilado Claudio, si tenemos necesidad de un cuarto de buey ó de carnero para hacer albendigui-llas, no hay inconveniente alguno en que vaya-

mos al establo ó á los corrales de nuestros señores, y que escojamos en ellos la res que más nos convenga?

—No hay amos ni señores que valgan; sus bueyes y sus carneros son igualmente de la pertenencia suya que de la vuestra.

—¿Y habeis venido ex-profeso de París para enseñarnos todas esas lindezas? le preguntó el socarron Francisco.

—Sí, queridos hijos míos; he venido para ilustraros y hacer que conozcais todos vuestros derechos; para emanciparos de vuestra servidumbre. Vuestros curas, convalachados con vuestros señores, os han predicado ya por espacio de mucho tiempo la esclavitud y la miseria; yo vengo, pues, en nombre de la verdad social á traerlos la libertad y las riquezas.

—Vamos, está visto que este tunante es un socialista, exclamó el auditorio entero.

Y así diciendo, descargaron en el mismo instante sobre Timoleon tal diluvio de puñetazos, que salió de la taberna molido, acardenalado y hecho un *Ecce-Homo*, librándose á fuerza de piernas de aquellas gentes: los campesinos, sin embargo, le fueron á los alcances, y al llegar á un pantano, Claudio el agudo y Francisco el socarron lograron asirle con brazos vigorosos y le soplaron en medio de las fangosas aguas. Cuando los campesinos, satis-

fechos de la doble leccion que acababan de dar al comunista, se alejaron del sitio donde la inmersion habia tenido lugar, Timoleon, cuya larga, espesa y rubicunda barba tenia cierta semejanza con la de una divinidad acuática, se enjugó lo mejor que pudo revolcándose en la yerba de un prado inmediato, y se dirigió en seguida en el estado más lastimoso al castillo Levrault. La leccion habia sido tan buena, que hubo necesidad de meterlo en la cama, y despues de permanecer en ella toda una semana, sorbiendo tisanas y aguantando fuertes fricciones de agua con árnica, llamó á monsieur Levrault á la cabecera de su lecho, y le dijo con ademan contrito:

—Voy conociendo, mi querido padre, que tenia usted razon, y que la verdad social no germinará nunca en esta tierra maldita. Puedo asegurar á usted que siento en el alma verme precisado á reconocerlo así; pero la Bretaña está condenada á quedar sumida eternamente en la ignorancia y la estupidez. Por mi parte, renuncio á moralizar é instruir esa tribu de gañanes cuyas cabezas y cuyas manos son duras como el alcornoque. Ya puede usted, pues, dar la enhorabuena á su yerno, que me recibió tan cordialmente á mi llegada al castillo, y decirle que empiece á regocijarse; he resuelto, porque este es un país estéril para las buenas doctrinas, abandonar la Francia.

—¿Y adónde piensas encaminar tus pasos? le preguntó Mr. Levrault, reventando interiormente de gozo.

—¡A Icaria! que es el último rincón de tierra donde la verdad social cuenta hoy en día con algunos adeptos instruidos y fervorosos; ¡á Icaria, donde encontraré hermanos capaces de recoger el fruto de mi predicacion!

La reducida colonia del castillo de La Rochelandier se prestó muy gustosa á pagar la travesía del apóstol desterrado, y tres días despues embarcóse Timoleon en el Havre para la California.